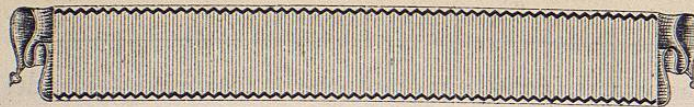


muerte los extraordinarios auxilios de la divina gracia?
¿Quién podrá asegurar la eterna salvación de su alma?

Mas á vuelta de todo lo que en este capítulo dejamos referido, hemos podido ver frente á frente el uno del otro, dos opuestos tipos, y sus opuestas obras, completando, á la vez, por esta parte, la historia del celo y demás virtudes evangélicas de nuestro Venerable Padre Fray Manuel Martínez del Sacramento.



CAPITULO XII.

DE LA VIDA INTIMA Y OTRAS PARTICULARIDADES
DEL VENERABLE PADRE.

TODOS los honores prelati-
cios, las mitras y los báculos pastorales había rehuido el Venerable Padre Fray Manuel Martínez, por ir á buscar la amada soledad del retiro humilde y oscuro del anacoreta contemplativo y del incansable apóstol.

Sí, con lo que dejamos expuesto en los capítulos precedentes, y con lo que en éste vamos á narrar, vendrán nuestros lectores en el más pleno conocimiento, de que la vida del Venerable Padre fué toda, no sólo de trabajo activo en el servicio de la Iglesia y en el bien de las almas, sino también de trabajo contemplativo y espiritual, esto es, de oración, ayuno y penitencia continua, observando la vida perfecta de los santos. Juntó en la más cumplida armonía, la vida activa con la contemplativa, desempeñando á un tiempo, así el ministerio de Marta, que trabajó afanosa en obsequio del Divino Maestro, como el de María, que escogiendo la mejor parte, no se quería separar ni un instante de escuchar y contemplar

las palabras de vida que brotaban de los divinos labios del Hijo de Dios.

Levantábase á las dos de la madrugada, no porque se fastidiase de la cama, pues si bien ésta era una dura tabla sin almohada alguna, no reposaba en ella sino sólo cuatro horas. Acostábase á las diez de la noche, cansado de los trabajos del día, mientras el cual duraba no se acostaba jamás, si no es en casos de enfermedad, de suerte que para obligarse á despertar y dejar la tarima, tenía en la celda un aparato despertador, cuya cuerda preparaba para las dos de la madrugada. Este aparato, una silla común, una mesa sin pulir, unos libros, una hamaca ordinaria de que no usaba, algún armario y uno que otro mueble de los más necesarios, era todo el ajuar de la pobre celda que, como atrás dejamos indicado, es la que se ve contigua á la iglesia de la Tercera Orden. Dividíase en dos partes, á fin de que la primera sirviese de recibo, y no se veía en ella adorno alguno: con religiosa severidad aparecían desnudas las cuatro paredes, encontrándose nada más la hamaca y la silla. La otra parte que servía de recámara, era donde se encontraban la mesa sin tapete, la tarima y los demás utensilios. Su primer acto era dirigirse á la iglesia por una comunicación interior, donde se postraba en meditación ante el Santísimo Sacramento por una hora, desde las dos y media hasta las tres y media. De tres y media á cuatro, seguíase preparando para la celebración del santo sacrificio de la Misa, á no ser que la mucha gente de confesonario le obligase á variar este método, lo que no raras veces sucedía. Acercábase al altar inflamado en la llama del más vivo fervor, de suerte que celebraba con tal ternura, tal recogimiento y tales trasportes de amor divino, que infundía devoción á cuantos atentamente le veían en aquel acto, el más grandioso y sublime que se puede practicar en el cielo y en la tierra. Concluida la Misa, volvía á postrarse en fervoroso hacimiento de gracias ante el Santísi-

mo Sacramento por el espacio de media hora. Tomaba un ligero desayuno de chocolate raro y pan, sentándose en seguida otra vez en confesonario. Concluido este trabajo, que diversamente terminaba en cuanto á la hora, porque dependía del mayor ó menor número de gentes que habían de confesarse y comulgar, rezaba el Oficio Divino de la mañana. Atendía en seguida la parte de su ministerio de Comisario Visitador, en cuanto al hecho material de ciertas visitas que acostumbraba, según el orden que se tenía impuesto para con los hermanos terciarios, prefiriendo, sin embargo, acudir á casa de los enfermos más graves ó más necesitados, á la de los pobres, y mucho más á la de los agonizantes, en la forma que dejamos referida en otro lugar.

Recreábase de vez en cuando con algunas visitas de familias conocidamente apreciadas y honradas de pública notoriedad, y en que practicaba, á un tiempo, la virtud de la santa amistad cristiana, como la de Nuestro Señor Jesucristo en Betania, en casa de Lázaro, pues ordinariamente sus visitas llevaban alguno de los objetos de las obras de misericordia.

Toda la vida del Venerable Padre Lector en Izamal, fué una cuaresma continua, esto es, un ayuno riguroso de un cuarto de siglo, pues fué de casi veinte y cinco años, á contar de 1824 á 1848, en cuyo largo espacio de tiempo no tomaba el alimento principal después del ligero desayuno, sino hasta el medio día. Reducíase aquél frecuentemente á unos pocos platos de legumbres y hortalizas; algunas veces pescado; lactinios, más raras veces; y, por regla general, nunca la carne; recordándose como caso notable y extraordinario, que en tantos años, una sólo ocasión y por motivo de enfermedad, hubiese comido de carne, y ésta no de vaca ó carnero, sino de ave. No gastaba vino, sino agua pura.

La ciudad entera de Izamal, que es fiel testigo de estos hechos, gusta de referirlos en tradición constante,

edificando con ella á sus hijos y moradores. Fueron muy conocidas y distinguidas las casas de las piadosas señoras D.^a María Antonia Díaz y D.^a Clara Gamboa, á quienes recordamos mucho haber conocido en nuestra infancia, y en que, sucesivamente, se dió la asistencia al Venerable Padre Lector en los 24 años que en aquella ciudad moró.

Comía tan pobremente y con tal mortificación, que como nosotros mismos tuvimos ocasión de presenciar, llevados los platos á su celda, se colocaban en el ángulo de la mesa, y allí, sentado en un taburete, comía, dejando la puerta abierta para que entrase quien quiera que viniese á llamarle; dejando alegremente la comida ó interrumpiéndola, según fuese ó no preciso. Daba gracias al Señor después de la comida, y descansaba algún rato: solía tomar algún electuario refrescante ó digestivo, y se entretenía en los trabajos materiales de la iglesia, como de su aseo ó de su ornato, metiendo humildemente el hombro para cargar con los sirvientes las mesas ó las sagradas imágenes. A hora competente rezaba el Oficio Divino de la tarde, pausada, atenta y devotamente. En seguida, daba clase á sus discípulos, y después, si había tiempo y necesidad, volvía á salir para las casas de los enfermos.

Frecuentemente se ocupaba también en el exámen de los sacerdotes de la ciudad ó de su distrito, pues la Sagrada Mitra le había constituido Examinador sinodal.

Leía la Sagrada Escritura constantemente, no dejaba el estudio de la teología dogmática y moral, de los sagrados ritos y ceremonias, de los Santos Padres y de los escritores eclesiásticos, y edificábase mucho con la piadosa lección de los autores místicos. Tomaba nota por escrito de lo más importante de sus estudios y meditaciones, escribía sus discursos predicables, y despachaba su correspondencia epistolar.

Llegada la noche, y después de oír confesiones, si había penitentes á quienes atender, cerradas las puertas de la iglesia á las ocho, iba á hacer ante el Santísimo Sa-

cramento la meditación y la oración respectiva ó nocturna, hasta las diez que se recogía en la celda.

Usaba, á más de su tosco sayal, que era por sí en nuestro clima una constante mortificación, otro silicio de punzantes cerdas entretejidas bajo del hábito, á raíz de las carnes en ambos muslos, á que añadía otras asperezas y la disciplina, principalmente en las épocas del Adviento y de la Cuaresma; separándose de la vista de todos, sin que por esto dejasen de descubrirse aquellas penitencias.

En dichas épocas del año, presidía y dirigía los ejercicios espirituales de los hermanos terciarios, como pláticas, adoración del Santísimo Sacramento, rezo de la Corona ó Rosario de la Santísima Virgen, el Via-Crucis en los claustros y la Escuela de Cristo en la iglesia. Distribuíanse estos ejercicios, según los tiempos, las horas y los días de la semana, como los lunes, miércoles y viernes, y en otras épocas, los domingos ó días festivos. El Venerable Padre Lector, no sólo cargaba la Cruz ó se extendía en ella en el interior del templo en compañía de los terciarios, sino que en ciertos días, como algunos de la Semana Santa, salía con ellos á recorrer en penitencia las calles de la ciudad, por toda la línea que entonces había demarcada bajo el título de "Calvario," y que servía para la ruta de la *Via-Crucis* pública y solemne, y para las estaciones de Jueves y Viernes Santo. Entonces todos veían con admiración al Venerable Padre, cerca del medio día, bajo los ardores del sol, llevar los piés enteramente descalzos para andar tantas cuerdas, cubiertas de punzantes piedrezuelas y casi encendidas por el calor tropical, encorvado bajo el peso de una cruz, llevando en la cabeza una corona de espinas, pendiente del cuello una cuerda, y puesta en la boca una mordaza.

Muy á menudo se purificaba en el tribunal de la penitencia; confesándose escrupulosamente de todo cuanto llegaba á entender que hubiese constituido alguna falta ó quebrantamiento de la regla de vida que se tenía im-

puesta. Sobre lo cual se veía una prueba palpitante, en la sólo actitud de sus mismos confesores, que así en lo particular como en lo público, veneraban muy de veras como santo á su tan ilustre cuanto humilde penitente; presentándole como el modelo de todas las virtudes.

En las vigiliass de las grandes festividades se pasaba toda la noche en oración, guardaba más severo ayuno y demás austeridades especiales; procurando que nadie le viese, pero muchos le sorprendieron en las altas horas de aquellas noches, hincado ante el Santísimo Sacramento, con los brazos extendidos en cruz, y consiguientemente, convertidos los ojos en dos fuentes de lágrimas.

Una vida así tan rígida y dura, con tan escaso alimento y con oración tan continua, ¿cómo podía sostenerse por tantos años como se sostuvo, sin una verdadera presencia de Dios en todos los actos de ella, y sin una comunicación franca con el cielo? La vida espiritual, la vida santa y perfecta de los consejos evangélicos, es por cierto un estupendo prodigio, en comparación de la vida común, y un fenómeno increíble para la ruín y miserable inteligencia de los mundanos. Sin embargo, ella, en su orden, viene á ser tan natural, por decirlo así, tan lógica y sencilla, que así como cuando se ponen tales precedentes, resultan necesariamente determinadas consecuencias, así el hombre de oración se va elevando de tal modo por encima de las pasiones y de los sentidos, que la vida realmente sobrenatural comienza, como necesariamente, á insinuarse por ráfagas ó crepúsculos, entre tanto que los enemigos del alma, antes de darse por vencidos y de retirarse, suscitan por su parte los más rudos combates. Si el alma se acobarda y se deja vencer, su ruina es sobremanera triste, porque vengándose en ella los enemigos de sus pasadas derrotas, tratan con tal tiranía á su víctima, que la hunden tal vez para siempre en todo género de vicios, de donde resulta justificado el aviso del Señor, sobre que siete demonios peores se apoderan del alma precita.

Mas por el contrario, si el alma continúa en sus buenos principios y prácticas, si persevera, y de triunfo en triunfo sigue elevándose, y doma sus pasiones y reduce su cuerpo á servidumbre, entonces no obstante las duras pruebas á que el Señor la sujetase, disfrutará tales y tan dulces consolaciones, que ya vendrá á descubrir una mina inagotable de desconocidos placeres celestiales, en la austeridad de la vida de oración y en la aspereza de la penitencia; porque su estado será de íntimo comercio con el cielo, de trato continuo con Dios, en que se gozan tales y tan grandes delicias, que los demás hombres no las pueden comprender ni explicar. De este sublime estado de vida penitente y espiritual, vienen á veces los altos dones de la profecía, de los milagros, de los éxtasis, y de tantos otros favores con que el Divino Esposo de las almas se complace en colmar á sus escogidas esposas.

Todo esto lo encontramos prácticamente en la vida de los santos, y en las máximas y reglas de la teología mística.

Cuánto hubiese disfrutado en este sentido nuestro Venerable Padre Fray Manuel Martínez del Sacramento, no lo podría dudar ningún cristiano, sin que también dudara de la realidad de la vida mística y espiritual. Hoy, en cuanto á esto, no poseemos al pormenor la historia de la vida íntima del Venerable Padre, porque Dios habrá reservado su publicación para aquel grande y solemne día, en que se separará á los escogidos de los réprobos para dar á cada uno, según sus obras. Pero nos ha hecho conocer, en parte, el mérito de este su predilecto siervo, á quien llenó de duras y pesadas cruces, hasta espirar, como ya veremos, acrisolándole así hasta el último instante de su vida, como siempre ha hecho con aquellos que más gratos y esforzados aparecen ante sus divinos ojos. "Por cuanto eras aceptable á Dios, le dijo el ángel á Tobías, fué necesario que con los padecimientos fueses probado." (Tobías, XII, 13.)

Muchas personas viven todavía, que habiendo sido del número de los discípulos del Venerable Padre Lector, ó de los hermanos terciarios, ó de los que solían acompañarle como niños familiares para su servicio y para el templo, testifican haber observado repetidas ocasiones, que en la estación de las lluvias, por más copiosos aguaceros que cayeran, mientras el Venerable Padre iba ó volvía de los llamados á visitar á los enfermos y auxiliar á los moribundos, jamás le vieron llegar mojado como debía ser natural, no yendo y viniendo sino ordinariamente á pié, hiciese el tiempo que hiciese. Que cuando se le preguntaba si no le había cogido el agua, respondía con dulce sonrisa y humilde sencillez, pero á un mismo tiempo con profunda sabiduría: "Hijos míos, por donde yo fuí, no llovió," y no añadía otra palabra. Sin embargo, una vez, dicen, que se le oyó decir haber observado, que había llovido antes por una parte considerable del camino en que iba á casa de un enfermo, y que cuando regresó al convento, notó que también había llovido por todo el camino hasta el convento dicho, de modo que había caído la lluvia por todo el trayecto, sin que á él le cogiese. Como esto no raras veces sucede de un modo natural, quedando el caminante libre del agua, porque descargan las nubes primero en la parte á que se dirige aquél y después en la que ha dejado, hablaría el Venerable Padre del suceso, nada más como muy providencial, para haber podido socorrer á su debido tiempo al enfermo que necesitaba de sus auxilios, y para cubrir como con este velo natural, los otros sucesos del orden maravilloso con que el Señor había favorecido su caridad para con los menesterosos, y de que, por humildad, nunca quiso hacer especial relato, puesto que la frase "por donde yo fuí no llovió," tanto puede significar una cosa sobrenatural como igualmente muy natural. Los santos siempre procuran ocultar por humildad las singulares gracias con que son favorecidos por el cielo.

Se refiere, que el Venerable Padre, acariciando un día á un tierno niño, que por entonces se encontraba bueno y saludable, le dijo á la madre, la cual era una excelente y piadosa mujer: "Señora, este niño no es para usted, es para Dios, fomente en él el espíritu de piedad para entregarlo pronto á quien corresponde." Aquel infante había sido bautizado por el mismo Venerable Padre, y le había impuesto el nombre del ilustre fundador de la Orden, del Seráfico Padre San Francisco de Asís, y correspondiendo á las gracias del Sacramento regenerador y al nombre de su Seráfico patrono, el niño crecía en años, desarrollando portentosamente en virtud; pero antes de que saliera de la edad pueril, la predicción se cumplió, muriendo con tales trasportes de amor de Dios, que acabó en la tierra como un niño santo, para empezar en el cielo su vida como serafín.

